

EL CABALLERO INVISIBLE,

NOVELA

COMPUESTA EN EQUIVOCOS BURLESCOS.

ANONIMA.

En lo bajo de Andalucía, y veinte luego, había un caballero, á quien llamaban y no respondía; era nacido de un brazo, gentilhombre en la ley, y de su color blanco, donde tiran; tenía el juicio pintado, la memoria en inventario, su condicion era de arrendamiento, su calidad la tenía en su complexion, su cantidad era en escudos de armas, vivía en la casa de la muerte, la cual tenía puerta de calzon, la llave de la mano, ventanas de nariz, con rejas de arados, el poyo de alcalde, dos salas de audiencia, un retrete que apenas, los corredores de lonja, el pozo airon, el brocal de daga, el cubo de molino, el carrillo hinchado, la soga arrastrando, corral de concejo, secreta que calla. Este confuso caballero se admiraba en sí, considerando su extraña naturaleza, deseando con extremo ser casado, mirando á que no se perdiese generacion tan notable, y como no fallan terceros de la cuerda, ciertos amigos de dinero hicieron diligencia, buscando con quién casase, y hallaron una hermosa dama tan á medida del buen caballero, que pareció haberla trazado el sastre de su naturaleza. Era una niña de un ojo, hija de un padre de yeguas, y de una madre de sumidero; llamábanla Blanca, de cuatro al ochavo, al padre Domingo de la tentacion, y á la madre Ana de tapicería; era esta niña gallarda tañida, tenía muchas gracias de Roma, buenas manos de labor de campo, tañía campanas, cantaba kyries, y bailaba el agua adelante, leía cátedras, escribía en un oficio público, y contaba lo que le sucedía; su risa era de un arroyo, su donaire del que tiene don y es nada, y en todas estas gracias atinando á ser casada como pansion.

Pues como el tal caballero supiese las partes de esta niña como la voluntad de sus padres, generoso como enamorado, le envió las donas siguientes: en el arca de Noé, un apretador de dificultades, el chapin de la reina con listones de madera, dos guantes, el uno de desafio, el otro de pedir para un pobre, una sortija corrida con cinco piedras tiradas, y por arracadas dos calabazas fritas, y para su servicio cuatro moras de zarza, dos negros ojuelos, y una negra pascua. Estimaron los padres el regalo, y agradecidos le dieron en dote á

la ira mala dos mil ducados de títulos, mitad en reales de ferias, y mitad en cuartos de luna, el horno de Babilonia, dos molinos de viento, la manta de Cazalla, sillas de encerrar trigo, escritorios de escribanos, mesas de guarñicion, una cama de un melon, que todo lo dicho vino á montar cuatro cuentos de horno; de tal suerte satisfizo al desposado la grandeza de este dote, que apresurando plazos, llegó el deseado dia de las bodas, á cuya contemplacion los nobles de aquel lugar, que eran unos caballeros que vendian caballos, trataron de hacerle unas fiestas de guardar, y habiendo entrado en junta de médicos, nombraron cuatro cuadrilleros de la hermandad, para que cada uno vistiese á ocho del mes y escogiese colores; lo cual se hizo tan breve, como para el dia siguiente hubo aquella noche muy costosos fuegos de san Anton, con muchos baladores de garzas.

Amaneció el deseado dia, y empezaron las fiestas de esta suerte. Estaba la plaza de un soldado bien aderezada, colgada de doseles de cartilla. Asistió á ellas el rey, que la mandó matar, con los consejos de un padre, tres cardenales de un ojo, y otros muchos señores de lo ajeno; muchas y hermosas damas de ajedrez, y en andamios de albañiles los desposados y sus padres. Entró alegrando la plaza un clarin de valonas, y seguíanle los atabales del que ha corrido el mundo. Entró un alguacil de moscas en un caballo de oros, á quien acompañaban doce corchetes de un sayo, llevando en la mano por insignia una vara y una cuarta, y comision en el despejo, hízolo, dando lugar á que los caballeros hiciesen la entrada con esta solemnidad. Entró la primera cuadrilla, que era un aposento pequeño en caballos rodados de una sierra, las libreas de tela de cebolla, cosa nueva y de grande primor. La segunda entró en caballos de poner sillas, seguros, poco briosos, con librea de tela de los sesos, que á los ojos se venia. Entró la tercera de un negocio en caballos de llagas, rica casta á no ser zainos, con libreas de tela de juicio. La cuarta y última entró en caballos castaños con su fruto, con libreas de tela de araña brillante, si de poca costa, todos conformes en lanzas de coches, banderolas de cam-

panarios, mochilas de caminantes, bozales negros, espuelas de cuidado, estribos de la paciencia, riendas de reformation, cabezadas en una esquina y bocados rabiosos. Entraron en solemne paseo, haciendo á quien se debía dos reverencias y una paternidad, y dada la vuelta y media, trataron de correr la posta, lo cual se hizo á parejas de sotas con mucha bizarría. Acabada la carrera de Indias, entraron seis machos de herrero cargados de cañas de vacas, con reposteros vivos y garrotes de necios; tomaron las cañas, y en dos partes divididos empezaron el juego de quínoles, donde anduvieron en las vueltas de Guadalquivir, y en las revueltas de un mentiroso, tan bien, que se midieron á compás de música. Fué el juego calentando hasta que los padrinos de un bautismo hicieron las paces de Inglaterra, á cuyo tiempo soltaron el toro del signo, que con su braveza alegró la gente de á caballo. Y un caballero llamado y no escogido dió una lanzada de viña venturosa, porque dió al toro en el gatillo de una escopeta, y le salió á la cola del dragon; tocaron la trompeta del juicio en señal que desjarretasen, cosa fácil por ser tantos contra uno. Empezaron un caracol de escalera bien ordenado, porque el que lo guiaba sabia bien como buen guisado.

Acabadas las fiestas con el día, llevaron en solemne acompañamiento á los desposados á su casa, donde á todos se dió rica colacion de capellanía, en que hubo cajas de difuntos, canelones de disciplina, y en ricos almibares limones de carreta, peras de cama, y muchos cubiertos que nadie los veía. Amaneció el alegre día de la boda, donde juntos los huéspedes se les dió la comida siguiente. Pusieronles en mesas de escaleras manteles de muralla, cuchillos de capa, limas de herrero; sirviéronles en fuentes de piernas pan de opilados, en bollos de la frente, y roscas de tornillo; habia á un lado de la mesa una cantarera que vendia cántaros, con muy curiosos barro en la cara, y en la otra parte muchas macetas de zapatero, con diferentes flores de tabures; sirviéronles pasas de negro, un melon de un corcovado, un adobado de un colete, un picado del juego, perdigones de plomo, capones de música, gallinas que huyen, una olla del rio, con vaca de una prebenda y carnero de enterrar, manjar blanco como la nieve, y por sainete del convite algunos platos de pescado, en que hubo lenguados de guardar viñas, acedias de estómago y pámpanos de parra, y de postre conserva de una flota, con otros dulces de navajas, castañuelas de bailar, nueces de ballesta, manzanas de espadas y peros de in-

convenientes, vino quien faltaba, y aguas de diferentes chamelotes.

Alzadas las mesas y despedidos los huéspedes, quedaron en felice concordia, donde algunos días se gozaron sin celos y con amores, dulce golfo de la paz; y en medio de este sosiego se les recreció un disgusto, porque el tal caballero se resolvió á ser soldado de una pierna, y dejar su mujer á beneficio de natura, y pasando acaso un tercio de fin de abril, que iba á los estados de hondo, y vió que el capitán mandaba la jineta de silla, y el alférez llevaba la bandera para su ropa, y el sargento á la barda de una huerta. Habló al general, que era un poder para pleitos, y asentaronle la plaza de Vivarambla. Despidióse de su mujer, diciendo que por ser aquella jornada de pan no la podía excusar. Fué en una compañía de cien infantes, hijos de rey, y marchando en su hilera, que era una que vendia hilo, llegó á su viaje, donde se ofreció salir á una escaramuza picada, donde dió muchas cuchilladas de calzas, y al fin salió con dos heridas mujeres, la una en las espaldas de un monte, y la otra en la coronilla de un pastel, de que vino á morir de otra parte. Ordenó su testamento, y mandó á sus criados muchas cosas de su servicio; salió su alma de cántaro para la gloria de un vencimiento, quedó su cuerpo de libro desalmado, cual rufian, y tendido como camisa al sol; cubriéronlo con un paño que sale á la cara, y puesto en una caja de conserva, hicieron las campanillas del paladar señal por hombre con tres dobles de cientos y una sencilla mujer de Castilla.

Vinieron á su entierro frailes de haba, de la orden de Moyano, los hábitos en sus costumbres, y capillas de hornos, y en sus manos de papel velas de navío. Vinieron los niños del limbo con hañas de partir leña, y lo llevaron á cuevas arriba cuatro hermanos de padre y madre, y le cantaron las tres ánades madre. Llegaron á San Ciruelo el Verde, y vieron un hombre jugado que habia hecho un hoyo en la barba en un cementerio de un viejo, donde lo arrojaron como pelota, y se quedó como espada de Bilbao. Hechos los oficios de zapatero y sastre, pusieron sobre su sepultura una piedra de la ijada, con letras de cambio, en que decia quien las leía: Aquí no hace este caballero ninguna cosa. Llegó la triste nueva á la sin ventura Blanca, porque tuvo dos cartas de marear por dos vias, la ordinaria y la ejecutiva; cubrió su cabeza de ajo, y recogióse, donde acabó algunas cosas que tenia empezadas á trece por docena del mes del obispado en el año fatal.

DIA Y NOCHE DE MADRID,

DISCURSOS DE LO MAS NOTABLE QUE EN ÉL PASA.

POR FRANCISCO SANTOS.

DISCURSO PRIMERO.

ENOJADO se mostraba el cielo contra los mortales una confusa noche, amenazando con espantosos relámpagos, que por entre oscuras nubes se despedían, fulminados de impulsos poderosos; bramaba el viento en los cóncavos que formaba el agua, volviéndola en penachos soberbios, cuya atrevida arrogancia parece que se oponía á la conquista de los orbes celestes; y en castigo de su atrevimiento, quedaban deshechos en espuma, siendo testigos los que vagaban su dilatado reino, todos huyendo del sosiego ajeno del orden natural. Retrocedía á no ser para formar un caos confuso; los elementos se aunaron para un estrago, que es muy propio para una ofensa el juntarse los mas discordes, disponiéndose para una total ruina del globo terrestre; el granizo titubeando, medroso buscaba la tierra por asilo en semejante confusion huyendo del mar, cuya braveza se sorbia el portátil albergue viéndose aumentado su caudal. El día venia tímido ó medroso, pareciéndole que la noche se coronaba á duraciones; el fuego despedía flechas, el aire arrojaba suspiros, el mar mostraba copiosas lágrimas, y la tierra temblaba de temor; mas el cielo piadoso, atento á todo, desterrando lutos, ya dejaba ver su divino color, clareado por los visos del crepúsculo; el alba, anunciando al día, á cuya deseada vista una tropa de gente en un vaso, que sobre las aguas esperaban remedio del autor de la vida, enarbolando una blanca bandera, en cuya candidez se via un escudo rojo con las barras de Aragon, y alentando un venerable religioso redentor á unos humildes redimidos, despidiéndose de las playas de Argel al mirar sus rostros, los vió como fuera de los tormentos, risueños y llenos de gozo, que mas parecia que deliciosos entre flores estaban que no fluctuando equívocos gigantes de cristal. Ea, amigos, que ya la piadosa mano de Dios nos ha sacado del cautiverio del infel, y nos llevará al puerto deseado; pidámoselo de todo corazón postrados. Lo cual hicieron

con entrañable ansia aquellos que el día antes se habian visto debajo de la forzosa servidumbre de un moro; y ya se hallaban entre espantosos montes de agua, amenazándolos la muerte, á quien con rostro alegre esperaban.

Mucho pueden las lágrimas de un rendido corazón; pues así que acabaron su oracion, serenó el tiempo, picando una tramontana, que hizo huir los vapores que en forma de nubes servían de doseles al agua, y ya llenos de alegría adornaban aquel monte de palo de gallardetes y banderolas, levantando el estandarte de la piadosa Redencion de los religiosísimos mercenarios con trecientos cautivos, entre los cuales venia uno, á quien un moro principal habia entregado á la Redencion de gracia y sin interés, si hay gracia entre enemigos de la fe, llamado Onofre, hombre de varia fortuna, á quien dió libertad solo por su claro entendimiento, pues luego le manifiesta la lengua; ocupábale su amo en traerle á su lado, solo por oírle; tanto puede la discrecion y naturaleza; á ninguno se la negó tan del todo que dejase de enseñarle las luces del conocimiento, sin mostrarse tan escasa que le dejara inhábil. Este moro, habiéndole oído decir que su contraria fortuna no le permitía cumplirse sus deseos, que solo eran el ver la corte del gran monarca de España, Madrid, de quien le alejaba su estrella, por el grande deseo que tenia de llegar á su estancia; y así, movido el moro de sus justos deseos, como quien habia gozado de su grandeza en el tiempo que la habia pisado cautivo, le ofreció libertad en la primera ocasion que hubiese, como lo cumplió, entregándole á la piadosa Redencion, dándole dineros para que en saltando en tierra reparase su persona de lo necesario. En fin, gozando de un favorable viento llegaron al deseado puerto, donde tomando tierra, hicieron el acostumbrado reconocimiento á la amada madre, á quien postrados besaron, y desembarcados buscaron donde descansar de tantos trabajos como causa el mar; y conseguido, ordenaron su viaje, que se logró con buen